

La peregrinación jacobea. Algunos aspectos de una mistificación cultural

ISIDRO BANGO TORVISCO*

Cuando un fenómeno histórico se convierte en un “boom” social, en un verdadero fenómeno de masas, lo que pueda existir en él de realidad se transforma y amaña en función de los intereses de unos y otros. En estos momentos finales del segundo milenio se han roto todas las normas de la cronología para satisfacer los intereses espúeos de determinados tenderos. Éstos no pueden esperar que las leyes de Cronos se cumplan tal como se ha acordado en una tradición de siglos, es preciso vender una camiseta, o un viaje exótico, lo antes posible. Si para ello es necesario adelantar el calendario un año, se adelanta, no hay problemas. Es más, con un poco de suerte se conmemora el cambio de siglo y de milenio en un año, y en el siguiente se aprovecha para vender en plena inercia los restos de lo que quede para los que tuviesen dudas si se había cronometrado bien el tiempo. Ante un suceso como éste, lo lógico es que los historiadores cumpliesen con su obligación de enseñar y corregir yerros tan interesados, sin embargo muchos de ellos, pretextando que no se puede ir en contra de la opinión pública, han contribuido a fomentar la mentira de los intereses creados con mil y una argucia especulativa.

* Catedrático de Historia del Arte. Universidad Autónoma de Madrid.

La peregrinación jacobea, sin ser un fenómeno tan generalizado como el milenarista, ha tenido un desarrollo muy parecido a lo que acabamos de referir en el apartado anterior. Intereses comerciales, científicos e incluso espirituales han terminado por prostituir el verdadero significado de uno de los sucesos más importantes de la humanidad occidental. Ante la posibilidad de obtener pingües beneficios de las ayudas oficiales, tanto nacionales como europeas, de un hecho tan publicitado como la peregrinación jacobea, se han producido todo tipo de carreras para conseguirlos. Nuevos caminos han sido inventados con el fin de que las riadas de peregrinos puedan acudir a un determinado lugar a consumir el “menú del peregrino” y sus correspondientes recuerdos.

La prensa de este último año ha recogido anécdotas pintorescas: un pueblo que falsificó un cartel indicativo para desviar la ruta y conducir allí a los peregrinos, para hacer más creíble el tema no se dudó en comprar lo necesario para crear una capilla de Santiago en la iglesia parroquial. Incluso se ha llegado a situaciones que firmaría el mismo Berlanga. Con el fin de obtener las ayudas administrativas se luchó a brazo partido para que el Consejo de ministros declarase un determinado lugar “hito del Camino de Santiago”. Una vez lograda la calificación, se obtuvieron los beneficios tan deseados, pero ésta condicionaba tanto el futuro que ahora los lugareños están luchando con más denuedo para que se les borre del itinerario oficial del Camino.

Sin duda, una de las grandes aportaciones de la peregrinación jacobea radica en la fe y la esperanza comunes a los hombres de los diferentes pueblos, que no dudaban en arrostrar los peligros de los caminos para dirigirse a un ignoto *Finisterrae* donde hallar una respuesta en la mayoría de las ocasiones a su desesperanza. En esta Europa de los mercaderes en la que vivimos es necesario encontrar en el pasado señas de identificación de nuestra europeidad. Tenemos muchas, aunque también es cierto que en la actualidad algunas de ellas se consideran nada convenientes políticamente hablando. ¿Cómo vamos a recordar las Cruzadas en una época tan dependiente del petróleo? Sólo la ignorancia de los políticos ha propiciado que el premio de la “europeidad” lleve el nombre del primer antieuropeo, Carlomagno. No es conveniente valorar el papel decisivo de unidad cultural y espiritual propiciada por el benedictinismo, pues algunos considerarían que esto es propio de un “pilarista”. La peregrinación jacobea ha conseguido superar estas barreras ideológicas y se ha convertido en una seña de identidad para todos.

La influencia de todo esto en el campo de las ciencias históricas es más compleja, pero mucho más trascendente para el conocimiento de nuestra cultura. Como no siempre la ayuda económica para sufragar la investigación es suficiente, los científicos se las ingenian para conseguirla. Al convertirse lo jacobeo en un fenómeno de masas, al amparo de las ayudas para hoteles, restaurantes, constructoras y toda clase de menajes turísticos y aledaños, se crean también unas determinadas ayudas para proyectos científicos. Con este motivo, toda investigación en curso que lleve el añadido “... y el Camino de Santiago” puede conseguir estas subvenciones. En principio uno se muestra comprensivo con esta picaresca, ¡es tanta la penuria de la ciencia!. El problema surge cuando los autores del proyecto se ven obligados a justificar la relación de lo investigado con la peregrinación. Si los investigadores tienen conciencia, emplean un lenguaje confuso en donde se dice “un sí, pero no”. En otras ocasiones, no se duda en atribuir a la peregrinación todo lo que sea necesario: ¡Hay que ser generoso con los patrocinadores! Al montar una exposición o escribir una guía del itinerario jacobeo, se incluyen las más variadas piezas o se describen todos los monumentos que se

encuentran en el Camino atribuyendo a la peregrinación su existencia. De esta manera hemos conseguido que el Camino de Santiago sea para la cultura española un “ungüento amarillo” que todo lo explica.

Cuando analizamos la creación artística en la ruta de Santiago, debemos tener cuidado no confundir los términos. Los peregrinos marchaban camino de Compostela por una ruta que era a su vez la vía de comunicación Este-Oeste más frecuentada de la Península. Todo el patrimonio cultural que se encuentra a lo largo de esta ruta no tiene su origen en la peregrinación como de manera confusa figura en guías y otros estudios. Por ejemplo, es habitual encontrarnos la imagen de la catedral de Jaca en todas las imágenes del Camino, se llega incluso a decir que este monumento es un paradigma de lo que algunos llaman el románico de peregrinación. En realidad la historia de la catedral jaquesa tiene un origen y desarrollo que no se justifica por la peregrinación. Contribuye a esta ceremonia de la confusión todo ese cúmulo de circunstancias interesadas que citábamos antes y a las que no son ajenos ni los más prestigiosos intelectuales e investigadores. Libros como el de Marcel Durliat, *La escultura románica del Camino de Santiago*, no contribuyen a clarificar el tema. Con semejante título, en principio ingenuo, parece que se va hablar del románico difundido por la peregrinación y sin embargo desde la primera página se nos dice que el románico del Camino no se debe a la peregrinación. Anunciado y vendido este libro como el estudio de un fenómeno de la peregrinación, poco importa lo que en realidad diga con más o menos ambigüedad, es utilizado a la manera de insignia de una tesis que nos muestra la ruta jacobea como principal difusora del románico en España.

Es evidente que a lo largo del camino que recorren los peregrinos se encuentran obras de arte que se deben a la peregrinación, creaciones propias de lo caminero y creaciones del lugar. La primera y la última están muy claras, la que produce problemas son las formas propias de lo caminero. El Camino de Compostela antes que ser una ruta de peregrinos es una arteria principal de comunicación, muchas de estas características propias de itinerante se califican sin razón de jacobeanas o de peregrinación. A este respecto resulta equívoco el denominar al trazado urbano lineal, característico de cualquier hábitat caminero, el nombre de “trazado urbano de peregrinación”. Y con este mismo sentido, se ha llegado a decir que la lógica articulación de los templos con la red viaria y la adopción de grandes fachadas abiertas a la misma se explican por la presencia de los peregrinos compostelanos.

Si con toda razón recordamos las palabras de Gohete cuando nos dice que las raíces de Europa están en la génesis de las peregrinaciones, el timbre de gloria de los peregrinos compostelanos es haber aportado a una de las esencias de lo europeo sus señas de identidad, la imagen que identifica universalmente al peregrino. El célebre relieve del claustro de Silos representando a Cristo y los discípulos de Emaús, obra de principios del siglo XII, nos muestra a Jesús llevando un morral con una venera. A pesar de todo tipo de interpretaciones dadas a esta obra, lo que realmente demuestra es que ya por entonces la venera se había convertido en un símbolo generalizado para señalar a los peregrinos en general y no sólo a los jacobeanos. A este respecto el texto evangélico no deja lugar a dudas, pues las palabras del discípulo dirigidas a Cristo son muy explícitas:

“Tu solus peregrinus es in Ierusalem...”

Esta bella imagen del célebre claustro de Silos es el mejor testimonio de que las palabras del Dante eran ya entonces una realidad:

“En sentido estricto, no se considera peregrino sino a quien se dirige a la casa de Santiago, o vuelve de ella”.